

teramente «conformados» con la voluntad divina, obliga á todo cristiano que no mire con indiferencia su salvación eterna; pues, como ha dicho San Pablo, *la paciencia es necesaria para salvarnos cumpliendo la voluntad de Dios* (1), y como *la voluntad de Dios es nuestra santificación* (2), á ella dirige todos los acontecimientos de la vida, sean prósperos ó adversos. De manera que si esa es su adorable voluntad, debemos soportar con dócil resignación cuantas cruces nos enviare, ora del corazón, ora del espíritu, enfermedades ó tentaciones, privaciones ó desengaños, menosprecios ó afrentas, bien procedan de nuestros enemigos ó de nuestros amigos y allegados, porque «el verdadero siervo de Dios, dice San Francisco de Sales, con el mismo amor y voluntad sufre unas que otras» (3). Ejemplo elocuentísimo de ello tenemos en María Magdalena: murmurada del fariseo (4), de Judas (5) y aun de su hermana Marta (6), nunca desplegó sus labios para justificar su proceder, sino que puso su defensa en manos de Cristo, el cual aprobó como bueno y excelente lo que otros calificaban de delito, y esto nos prueba que el mérito de la resignación y paciencia es imponderable á los ojos de Dios y constituye á la vez la mejor disposición para recibir los dones del Espíritu Santo. «Esta es la piedra de toque para poder apreciar los grados de perfección del hombre, dice San Bernardo: si siendo bueno y justo, sufre con paciencia que le tengan por malo», como aconteció á Cristo Nuestro Señor con los escribas y fariseos, los cuales tenían por obras del demonio las maravillas que obraba por virtud divina (7), y calificaban de gula la dignación y condescendencia de Cristo de comer con los pecadores (8). Esto deben recordar á

(1) Hebræ., X, 36; Eccli., II, 3-4.
 (2) Levit., XI, 44; Ephes., I, 4;
 I. Thessal., IV, 3.
 (3) Vida devota, part. 3, cap. 3.
 (4) Luc., VII, 39.

(5) Matth., XXVI, 9.
 (6) Luc., X, 41.
 (7) Marc., III, 22; Matth., IX, 34.
 (8) Matth., IX, 11.

menudo los que se mortifican por sí mismos y no tienen paciencia para tolerar de los demás una pequeña mortificación ó molestia. «El demonio, decía Santa Teresa á sus hijas, hará »creer á muchas que tenéis paciencia, pero acaecerá que á »una palabra que os digan á vuestro disgusto, vaya la pacien- »cia por el suelo» (1).

Y así, cuando nos hallemos agobiados bajo el peso de la calumnia, de la ingratitud, de la humillación ó del dolor, menester es que nuestro espíritu—despreciando los clamores y protestas del amor propio—se someta incondicionalmente á los designios amorosos de la Providencia, que todo lo dispone ó permite para nuestro bien (2). Y si oprimido y angustiado nuestro corazón, llena de lágrimas los ojos, lloremos, hermanas mías, porque las lágrimas nos mueven á confianza y nos abren nuevos caminos á nuestro Padre celestial; y en todo caso, «mejor está al humano corazón, dice San Agustín, el llorar y consolarse, que el no dolerse de nada jamás, »porque con esto deja de ser corazón humano» (3). No creáis que se opongan á la cristiana resignación las lágrimas, ni los gemidos, ni los temores racionales, ni otras aficciones de espíritu; nada de esto es contrario á la voluntad de Dios, pues junto con un corazón henchido de lágrimas, cabe poseer ánimo valerosísimo y firmísima voluntad. Resignados en la tribulación, digamos con María, nuestra amantísima Madre: *He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra* (4). Esta es la manera de que el padecer nos aproveche.

2.º El segundo acto, que consiste en padecer de «buen grado» la tribulación, lo constituye aquella disposición de ánimo en cuya virtud no solamente sufrimos conformados la adversidad, sino que logramos dominarla, y aun la converti-

(1) Camin. de perf., cap. 38.
 (2) Sapient., VIII, 1.

(3) Serm., 33, de verb. apos.
 (4) Luc., I, 38.

mos en caudaloso manantial de actos de todas las virtudes. Ciertamente ya en el primer grado alcanzamos victoria sobre nosotros mismos sufriendo resignados los embates de la tribulación; pero este segundo grado de paciencia supone toda una serie de afectos, pensamientos, palabras y obras superiores á la mera aquiescencia del ánimo, muy adecuados para santificar la paciencia y hacerla más fecunda y meritoria. El alma que por dicha suya logra poseer este segundo grado de paciencia, esfuérsese en ser más amante cuanto es más atribulada, y esto es heroico y sublime, porque sublime y heroico es amar á quien nos castiga, bendecir á quien nos aflige y aun dar gracias á quien nos hace llorar (1), pues nada menos que esto es dado al cristiano, dice San Jerónimo (2), y de ello tenemos ejemplo en muchos Santos. En efecto: refiere San Buenaventura en la vida de San Francisco de Asís, que hallándose una vez este santo horriblemente atormentado por agudísimos dolores, compadecido de él un religioso lego, díjole: «Padre mío, ruegue á Dios que le mitigue y alivie los dolores». Apenas oyó esto el santo, reprendióle severamente diciendo: «Si no conociera tu nativa simplicidad y rudeza, desde ahora te separaba de mi lado, ya que intentas frustrar los designios que Dios tiene sobre mí». Dicho esto, arrojóse el santo en el suelo exclamando: «Gracias, Dios mío, por los agudos dolores que estoy padeciendo; suplícoos tengáis á bien centuplicarlos, pues esto es lo que deseo sobre todas las cosas» (3). Santa Catalina de Sena, á quien el Señor dió á escoger entre una corona de espinas y otra de oro, cogió con ambas manos la de espinas y se la puso en la cabeza con tanta fuerza, que las espinas la penetraron por todas partes (4). No debemos extrañarlo,

(1) Mons. Gay. Paciencia.

(2) In cap. V, epist. ad Ephes.

(3) In vita S. Franc., cap. 14.

(4) Vida, part. 2, cap. 4.

pues, como dice el autor de la «Imitación de Cristo», «tan esforzada se siente el alma por la gracia interior, que en ella derrama la tribulación unida á la cruz de Cristo, que no quiere estar sin dolor, porque se tiene por más amada de Dios cuanto mayores tribulaciones pudiere padecer por El. Esto no es virtud humana, sino gracia divina, la cual puede tanto en la carne flaca, que lo que naturalmente siempre aborrece y huye, lo emprenda y ame con fervor de espíritu» (1). Y para que veáis que los Santos, en medio de sus heroicos sufrimientos, no dejaban de sentir la flaqueza y ruindad de la humana naturaleza, escuchad un ejemplo edificante é instructivo en sumo grado. El Beato Juan de Avila, que por espacio de diecisiete años padeció indecibles trabajos y enfermedades con admirable resignación y aun con gran contento de su alma, estando un día apretadísimo y angustiado por la agudeza del dolor, pidió á Nuestro Señor se lo quitase, y luego durmió un poco y despertó sin dolor y sin angustia. Entonces dijo á uno de sus discípulos: «¡Oh, qué bofetada me ha dado Nuestro Señor esta noche!» Lenguaje es este que no entenderán los mundanos; mas enténdalo este varón de Dios, porque conocía el valor y mérito de la paciencia en los dolores, y veía que con su petición había perdido parte de este merecimiento (2).

3.º El último grado consiste en «desear» los padecimientos. Esta es la insigne victoria del espíritu sobre la carne; esta es la perfecta imitación de Cristo, el cual poco antes de morir dijo á sus Apóstoles: *Con un bautismo de sangre tengo de ser bautizado; ¡oh y cómo trago en prensa el corazón, mientras que no lo veo cumplido!* (3). Tales eran las disposiciones habituales del Corazón Sacratísimo de Jesús; hambre y

(1) Lib. II, cap. 12.

(2) Vida, tom. I, cap. 5.

(3) Luc., XII, 50.

sed tenía de justicia, y la justicia para Él era su Pasión (1). De manera, que así como el dolor es para las almas vulgares tormento duro y fiera violencia, para Jesús, que tanto amaba, fué un linaje de refrigerio y verdadera consolación; maravilla que se trasfunde, digámoslo así, del Alma Santísima de Jesús al alma de todos los Santos, los cuales vivieron como devorados por el ansia de padecer y ser despreciados por Él (2). Santa Teresa de Jesús decía: «Después que el Señor me dió á entender la diferencia que hay en el cielo de lo que gozan unos á lo que gozan otros cuán grande es, tomaría todos los trabajos del mundo hasta el fin de él para subir un poquito más en gloria y entender las grandezas de Dios (3). Por eso digo á Dios muchas veces: Señor, ó padecer ó morir; no os pido otra cosa para mí» (4). Santa María Magdalena de Pazzis quejábase amorosamente á su Esposo divino, diciéndole: «¡Oh Esposo mío! ¿Por qué me faltas al pacto que tenemos hecho? ¿No sabes que he prometido no gustar más dulzuras que tu hiel y vinagre, ni más delicias que tus tormentos, ni otra vida sino aquella que esté en perfecta conformidad con la tuya? Padecer y no morir: esto es lo que deseo» (5). San Juan de la Cruz no sólo pidió á Dios trabajos por premio de trabajos, sino también el ser despreciado y padecer afrentas por voluntad de otro, lo cual es mucho más sensible y desabrido á la naturaleza. Esto mismo pedía el pacientísimo Job (6) cuando decía *que su alma deseaba la muerte de horca*; no eligió otro modo de padecer ni de morir sino ahorcado en un patíbulo á la faz del mundo; y esta muerte es decretada por la justicia, y supone un proceso público y ruidoso, y da lugar á despiadados co-

(1) Matth., III, 15.

(2) Mons. Gay. Paciencia.

(3) Vida, cap. 37, n. 5; Joann., XIV, 2.

(4) Vida, cap. 14, n. 15.

(5) Kissel, tom. I, conc. 19.

(6) Job. VII, 15.

mentarios que atacan, destrozan y pulverizan la fama y la honra del infortunado criminal. Esta es la historia de todos los Santos; éste el distintivo de los *hijos de Dios y coherederos de Cristo* (1), de los *amigos del Esposo* (2), el cual, dice el Evangelista San Juan, no tiene amigos á quien no pruebe con trabajos (3), y añade el doctor iluminado Fray Juan Taulero, que «si no los tuviera en el mundo los criaría de nuevo, sólo por el fruto que traen á las almas los trabajos sufridos con paciencia» (4).

Escuchad, hermanas mías, lo que me atrevo á deciros, fundado en la excelencia de esta virtud maravillosa. Suponed á un hombre enriquecido con cuantas prendas, virtudes y merecimientos puede atesorar en el orden de la gracia; suponedle ayunador, pobre de espíritu, limosnero, obediente, recogido, humilde y mortificado. Pues ninguna de estas virtudes ni todas juntas lograrán persuadirme de que ese hombre es en verdad virtuoso y siervo de Dios. ¿Sabéis cuándo creeré en su virtud, sin temer equivocarme? Cuando lo vea paciente y enteramente conformado con la voluntad de Dios en un trabajo. La razón es porque todas las demás virtudes pueden simularse y engañarnos, mientras que en la virtud de la paciencia no cabe, no es posible el engaño. Decía Moisés á su pueblo: «Dios te ha traído por el desierto cuarenta años para afligirte y tentarte y probarte, para descubrir todo lo que hay en el secreto de tu corazón, para ver si guardabas su Ley ó no» (5). Y el Sabio dice que *sólo la tribulación prueba ó descubre al hombre justo* (6). Bien entendía esto Satanás cuando oyendo alabar á Job por boca del mismo Dios, de «sencillo, recto, temeroso del Señor y apartado de todo mal»,

(1) Rom., VIII, 17.

(2) Joann., III, 29.

(3) Apocal., III, 19; Prov., III, 12; Hebræ., XII, 6.

(4) Cap. XVI, n. 173.

(5) Exod., XX, 20.

(6) Eccli., XXVII, 6.

respondióle el demonio: *¿Por ventura Job sirve á Dios de balde? Extiende, Señor, un poco tu mano y toca á sus huesos y carne, y verás como te maldice en la cara* (1). De arte que hasta el demonio tiene á la paciencia por señal inequívoca de santidad.

Resolvámonos, por tanto, hermanas mías, á practicar esta virtud, no sólo en su primer grado que, como he dicho, obliga á todo cristiano que desee salvar su alma, sino también en el segundo si para el tercero nos faltan alientos, puesto que la religiosa, por obligación de su estado, no debe contentarse con sufrir resignada las tribulaciones ó contrariedades de la vida, sino que debe aspirar á sufrirlas de buen grado, poniendo los ojos de la consideración en Jesús, más que sufrido, más que paciente, pues que volvía bien por mal y pagaba con amor el odio. La religiosa no debe ceñirse á llevar una vida ordinaria y común á todo cristiano, ya que no son comunes, sino especiales y extraordinarias, las gracias y mercedes que de su Esposo ha recibido y está recibiendo á toda hora, y de las cuales debe darle estrecha cuenta (2).

Por último, creamos firmemente que, mientras la Providencia divina no lo consintiere, las potestades del mundo y del infierno conjuradas en nuestro daño *no harán caer un solo cabello de nuestra cabeza* (3). Pero en el momento de la prueba abracémosnos de buen grado con la cruz, ora nos venga directamente de Dios, ora por medio de las criaturas, de nuestros superiores ó de nuestros iguales, y sobre todo las cruces que nosotros mismos formamos con nuestras culpas. No soltemos la cruz, porque es la llave del cielo y el crisol donde se prueba y aquilata la índole noble del amador de Cristo; antes bien *alegrémonos*, como San Pablo, *en la tribula-*

(1) Job, I, 8; Job, II, 5.
(2) Luc., XVI, 2; Luc., XII, 48;
Rom., XIV, 12.

(3) Luc., XXI, 18.

ción (1) y *gloriémonos con él en las enfermedades, persecuciones y angustias* (2), puesto que han de procurarnos *el eterno peso de una gloria incomparable* (3). Y si deseamos un asilo seguro en los contratiempos de la vida, recojámonos en el santuario de nuestro corazón, albergue del manso Cordero Jesús (4), y abrazados con Él, dejémonos purificar en el crisol de la adversidad (5). Jesús en nuestra alma y nuestra alma en Jesús sean para nosotros todas las cosas, pues antes faltará agua en el mar y luz en el sol, que misericordia en Él para el corazón afligido y humillado (6). Sea Él nuestra esperanza (7), el áncora de nuestra nave, el norte de nuestra navegación, el puerto seguro para recogernos en las tempestades del alma y el diestro piloto que nos conduzca á las moradas eternas de la gloria.

(1) Rom., V, 3.
(2) II. Corinth., XII, 10; Galat., VI, 14.
(3) II. Corinth., IV, 17; Psal. XVI, 15; Rom., VIII, 18.
(4) Joann., I, 29.

(5) Sapien., III, 6; Eccli, II, 5; Eccli., XXVII, 6.
(6) Eccli., II, 12; Psalm. L, 19.
(7) Psalm. XXI, 10; Psal. CXXI, 6; Jerem., XVII, 17; I. Timoth., I, 1.

